



Foto: archivo de Lolita Díaz

Vía Crucis. Calle de la Amargura. La Habana, ca. 1950.

El Vía Crucis,

patrimonio intangible e historia urbana de las primeras ciudades cubanas

por Carlos Venegas Fornias*

La memoria es redundante: repite los signos para que la ciudad empiece a existir.
Italo Calvino

A PARTIR DE LA CELEBRACIÓN del Concilio de Trento (1543-1563) la exteriorización de las manifestaciones religiosas desde el interior de los templos hacia el marco urbano se convirtió en una tendencia dominante

en Europa y en uno de los componentes esenciales del estilo barroco tanto en la arquitectura y el urbanismo, como en otras manifestaciones artísticas. Un propósito didáctico de divulgación y

reafirmación de la fe católica ante el avance de la Reforma estimuló esta tendencia e influyó notablemente en la organización del espacio de las ciudades europeas con el fin de habilitarlas para el desarrollo del ritual religioso. La Roma del pontífice Sixto V, con la apertura de un sistema de ejes o avenidas axiales que intercomunicaban los templos principales, se convirtió en un modelo de urbanismo que proponía el uso de las perspectivas y de los recorridos lineales de las calles como una forma de movilizar y atraer a los fieles hacia la participación en las actividades religiosas.

Las ciudades americanas, inmersas entonces en un proceso fundacional de largo alcance, adoptaron el trazado en retícula ordenada como una forma generalizada y esta circunstancia, en principio, ha inclinado el interés de los estudios históricos urbanos sobre ellas hacia el análisis de los trazados ortogonales y sus posibles orígenes, más que hacia los posibles trazados barrocos, mucho menos perceptibles y frecuentes. No obstante, las contingencias de la evangelización hicieron de la liturgia una de las presencias más influyentes dentro del entorno urbano de Hispanoamérica y de la utilización de sus espacios. Fachadas, retablos, atrios, plazuelas, capillas, cruces, nichos, altos campanarios, se asoman y se insertan sobre un plan uniforme de calles rectas revelándonos un activo pasado de estrecha relación entre el culto y sus expresiones exteriores.

Las más antiguas poblaciones cubanas no constituyen una excepción en este sentido, más aún, por haber experimentado un ritmo de crecimiento muy desigual durante los dos primeros siglos de su existencia colonial, la incorporación de las manifestaciones rituales o devociones en su tejido urbano aún reserva dentro de ellas capítulos del mayor interés

para los historiadores, como pueden ser la acción de las órdenes regulares sobre los servicios públicos, o la aparición de los santuarios y sitios de peregrinación popular, entre otros. Entre esta gama de posibilidades de análisis, se destaca la presencia de los franciscanos y del vía crucis como uno de los elementos de la liturgia católica que se manifestó desde muy temprano dentro de las calles de nuestras poblaciones coloniales.

El vía crucis como el corpus christi, la semana santa, y en menor medida el rosario, dio origen a las procesiones más antiguas e importantes de la vida colonial. Desde el siglo XIII la orden de San Francisco de Asís quedó a cargo de la custodia de los Santos Lugares en Palestina dentro de los cuales el recorrido de la pasión de Cristo en Jerusalén desde la salida de la casa de Pilatos hasta el Calvario, unas 1321 varas de extensión, constituía el espacio más sagrado para los peregrinos. A su largo las llamadas *estaciones* propiciaban momentos para detenerse y meditar sobre los incidentes de Jesús y la Cruz descritos por los evangelistas.

Así fue surgiendo en las ciudades de Europa y América una nueva devoción a iniciativa de los franciscanos que reproducía la trayectoria de la vía dolorosa, el camino de la cruz, tanto en el interior de las iglesias como en las calles, durante los viernes de la cuaresma. Como toda ruta de peregrinación el vía crucis trataba de visualizar dentro del cuerpo urbano el tránsito de los fieles hacia la expiación del pecado y su compromiso con la fe mediante un acto de participación pública, a la vez que extendía los efectos del culto dentro del espacio poblado.

Inicialmente las estaciones fueron sólo siete, pero en 1563 se aumentaron a catorce. Los vecinos participaban señalándolas con cruces y otros signos o altares puestos en las fachadas de las casas, mientras convertían la calle elegida en una evocación de Jerusalén, la ciudad santa, trasladando la imagen

del calvario hasta los más distantes contextos geográficos, y creando un escenario apropiado para la celebración de otras procesiones.

Las más antiguas villas y ciudades cubanas guardan el recuerdo de una calle nombrada de la Amargura, o bien de la Cruz o de las Cruces, a veces conservando aún los vestigios de algunas estaciones, lo que comprueba una temprana participación de la liturgia en el crecimiento y consolidación de sus estructuras urbanas, con un creativo contenido paisajístico y simbólico. En la mayoría de los casos crecieron de forma espontánea sin obedecer planos fundacionales previamente trazados y con un sentido longitudinal, siguiendo la dirección de los caminos que les comunicaban con otros lugares de interés. En casi todas las primeras villas, la plaza o centro inicial quedó en una posición descentrada mientras las calles se alargaban buscando las salidas.

El establecimiento de la trayectoria sacra de la cuaresma y la colocación de sus estaciones convenientemente distanciadas, estuvieron por tanto muy relacionados con el aprovechamiento o fomento del tránsito a través de estas calles y caminos, circunstancia que les hizo coincidir en el espacio con otras costumbres de tradición religiosa muy arraigada como fueron los *humilladeros* y las ermitas dedicadas a alguna veneración popular, que habitualmente se situaban en los bordes exteriores y umbrales de las poblaciones, marcando las salidas al campo y, de hecho, los límites del territorio que se podía considerar propiamente como suelo urbano.

Vía Crucis.
Plaza San Francisco.
La Habana, ca. 1950.

Aunque la introducción de esta forma de ritual urbano durante la cuaresma no siempre fuera obra de los franciscanos en todas las poblaciones, estos desempeñaron habitualmente un papel primordial tanto en su organización y divulgación como en todo lo concerniente a la celebración de la semana franciscana santa.

La orden tuvo una participación muy temprana en la colonización de Cuba: a ella perteneció el primer sacerdote que acompañó al conquistador Diego Velázquez, y también el primero de los conventos fundados en la Isla. Su establecimiento en La Habana en el año 1574 obedeció al desempeño de una importante misión: la colonización de la Florida. Los dos obispos que ocuparon la mitra en Cuba antes de finalizar dicho siglo fueron franciscanos, y el convento llegó a convertirse en 1612 en la cabecera de la dilatada provincia de Santa Elena, que alcanzaría hasta los Apalaches.

En su papel de sede provincial la ciudad llegó a contar con un importante programa urbano para la realización del vía crucis. Desde fines del siglo XVI el humilladero, cruz



Foto: archivo de Lolita Díaz

ubicada en el umbral principal de las poblaciones, ya se encontraba situado al oeste de la ciudad, donde se bifurcaban los ramales de la zanja real, y allí fue acompañado por el calvario, fundidos en una misma señal.¹ Pero no sería hasta 1640 cuando el ritual adquirió un planeamiento urbano más complejo y expresivo. Por iniciativa de la orden franciscana, el cabildo habanero decidió trazar una plazuela en el calvario y establecer junto a ella una ermita que hiciera frente a la calle de la Amargura, la cual partía desde la iglesia y Plaza de San Francisco y atravesaba de este a oeste el cuerpo poblado. Ambos extremos de esta significativa calle constituyeron el principio y fin de la ciudad, pues determinaron un eje que la dividió virtualmente en dos partes proporcionales y sirvió de referencia para las primeras demarcaciones administrativas, fueran civiles o religiosas. Sus esquinas fueron tomando los nombres de las estaciones y sus imágenes, como la Cruz Verde (Mercaderes), el Cristo del

Zapato (Cuba), las Mujeres Piadosas (Aguacate). El propio Cristo del Buen Viaje, adoración instalada en la ermita habanera, estaba vinculada a la idea del tránsito y de la peregrinación, y llegó a constituir una de las imágenes más populares entre los viajeros y tripulaciones; su culto se difundió hacia otras ciudades como Camagüey, Bayamo y Santiago de Cuba.

La ubicación de la plazuela siguiendo la dirección del crecimiento urbano al oeste, y su considerable extensión –formaba una “L” en torno a la ermita–, permiten

sospechar un propósito más ambicioso en su origen, tal vez encaminado hacia el futuro crecimiento de la ciudad. De hecho era uno de los mayores espacios abiertos de la ciudad y se tuvo especial cuidado en dejar la ermita despejada de construcciones laterales, enfrentada a la calle de la Amargura, con un sentido escenográfico en el empleo de las perspectivas urbanas que anticipaba, al menos en cuanto al trazado, el empleo de la fachada de un templo como pantalla o tope para cerrar la profundidad de

una calle, solución puesta al día por el urbanismo barroco y tridentino.

Un recorrido por las demás ciudades del país, tomando como guías las colecciones de planos antiguos, nos revelan el papel destacado que ocuparon las calles que recibían los nombres de Amargura, Calvario o Cruces.

En la ciudad de Santiago de Cuba la calle de la Amargura se iniciaba en una de las esquinas de la catedral y continuaba hacia el oeste en dirección al sitio que en el siglo xvii ocupó la ermita de Santa Ana. En Camagüey, villa donde los franciscanos se establecieron desde fines del siglo xvi, la calle de la Amargura alcanzó una notable extensión de 1575 metros, partiendo del convento de San Francisco y finalizando junto a la ermita de Santa Ana ubicada en la salida hacia La Habana. En Bayamo, donde también la orden se estableció desde muy temprano, la calle llamada de la Cruz Verde recorría el cuerpo de la población desde la fachada de la iglesia parroquial hasta el extremo sur, pasando por el convento de San Francisco, por la Iglesia de la Luz, y cortando una calle transversal nombrada de la Amargura que se dirigía a la ermita de San Blas.

En la villa de San Juan de los Remedios, la mencionada calle atravesaba también el cuerpo de la población, desde la Plaza Mayor hasta los alrededores de la ermita del Santo Cristo situada en el límite oeste, y en

**La posible recuperación
de estas trayectorias litúrgicas históricas
dentro de nuestras ciudades
nos permite integrar en una visión conjunta
los vestigios o huellas de una antigua devoción
con la memoria de un patrimonio intangible,
y devolver un sentido a la espiritualidad
que el tiempo ha sedimentado
en los contextos urbanos.**

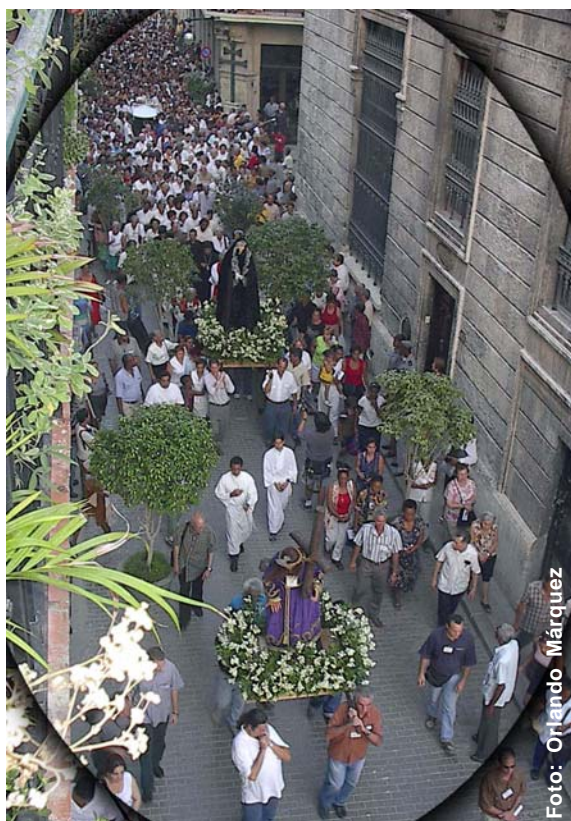


Foto: Orlando Márquez

Vía Crucis.
Calle de la Amargura.
La Habana, 2005.

la villa de Guanabacoa arrancaba desde el sitio de la primera plaza de la iglesia parroquial, hoy ocupado por el convento de Santo Domingo, en dirección hacia el oeste.

En Trinidad y Sancti Spíritus fueron fundados sendos conventos en las primeras décadas del siglo XVIII. En la primera ciudad el calvario ocupó una hermosa posición natural en la bajada hacia el río, umbral donde había sido antecedido por el humilladero, con las montañas de la sierra al fondo, un Gólgota exuberante de vegetación, digno de emular con aquellos imaginativos paisajes que la crucifixión había despertado en muchos pintores a través del tiempo. La calle de la Amargura o de las Cruces, extendida por el norte del cuerpo urbano, tocaba a su fin en este sitio y nos muestra aún un testimonio de la atracción que debió ejercer en ésta y otras ciudades sobre los principales habitantes, dispuestos a levantar en ella valiosas viviendas señaladas por las cruces de la pasión. En la villa de Sancti Spíritus, describía una trayectoria alargada e irregular desde las cercanías de la iglesia mayor hasta cruzar el río por el Paso Real, después de pasar por la plazuela y ermita de Jesús Nazareno.

Otras poblaciones fundadas posteriormente y desarrolladas a lo largo del siglo XVIII no dejaron de tener una calle similar a las anteriores como Santa Clara, Holguín, Santiago de las Vegas y Guanajay, pero ya incorporadas a trazados más regulares y cuadrículas geométricas.

No puede concebirse hoy la importancia y jerarquía de estas vías planeadas para la liturgia y la vitalidad de sus procesiones si no tenemos en cuenta otros aspectos históricos. Desde inicios del siglo XVII las iglesias de la Isla habían acogido el culto a la Veracruz, también relacionado con los Santos Lugares, y en 1620 ya existía en todas las poblaciones una cofradía con esta denominación. Las capillas de la Veracruz fueron comunes en los templos de los conventos franciscanos y en La Habana los miembros de esa

Vía Crucis.
Plaza de San Francisco.
La Habana, 2005.

cofradía integraron la orden tercera. Tanto estas capillas como los templos conventuales fueron dotadas de imágenes de la pasión de Cristo que bajo el cuidado de los terciarios y cofrades eran sacadas para las procesiones de la cuaresma y de la Semana Santa.

La imagen considerada de mayor valor artístico entre todas las de La Habana colonial, el llamado Cristo de la Agonía o de la Buena Muerte, atribuido a la escuela del Montañez, presidía las procesiones de los terciarios durante la cuaresma, recreadas por el novelista Cirilo Villaverde dentro de su relato histórico *El Penitente*. Obras escultóricas destacadas del Cristo de la Veracruz se encuentran actualmente en las iglesias parroquiales de Trinidad, Sancti Spíritus y Bayamo, y en las iglesias de San Francisco de Santiago de Cuba y de La Habana.

A causa de la participación de los penitentes y flagelantes, el vía crucis comenzó a abandonar las calles bajo la reforma de las costumbres y del culto introducida por el progreso de las ideas de la Ilustración que consideraban el espectáculo del autocastigo como incivilizado y bárbaro. El gobernador de Santiago de Cuba, Juan Bautista Vaillant, suprimió la procesión a fines del siglo XVIII, y poco después, en 1806, lo hizo el Obispo Espada en su diócesis.

La posible recuperación de estas trayectorias litúrgicas históricas dentro de nuestras ciudades nos permite integrar en una visión



Foto: Orlando Márquez

conjunta los vestigios o huellas de una antigua devoción con la memoria de un patrimonio intangible, y devolver un sentido a la espiritualidad que el tiempo ha sedimentado en los contextos urbanos. Ω

BIBLIOGRAFÍA

Cisneros, *crónica del certamen histórico-literario celebrado en la ciudad de La Habana el día 11 de abril de 1918*, Habana, 1918.

Guarda, Gabriel, *La liturgia, una de las claves del barroco americano*, Symposium Internazionale sul barocco latino americano, Roma, 1980.

Pérez Beato, Manuel, *Habana Antigua: apuntes históricos*, Habana, 1936.

Rodríguez, Rafael, *Atlas Cubano*, Habana, 1841-42.

Venegas Fornias, Carlos, *Plazas de intramuro*, Ciudad de La Habana, 2003.

NOTA

1 En 1629 un fraile franciscano pedía en el cabildo que se construyeran unas peanas para las cruces del calvario.

* *Licenciado en Historia del Arte. Investigador Auxiliar del Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana "Juan Marinello"*.